

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
JUAN  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
ASOCIACIÓN GENERAL DE BIBLIOTECARIOS

797

ASOCIACIÓN GENERAL DE BIBLIOTECARIOS

LA MIA

LA

STIMA

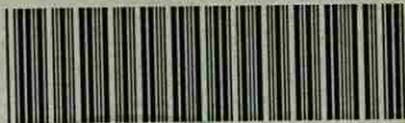
DEI

PQ729

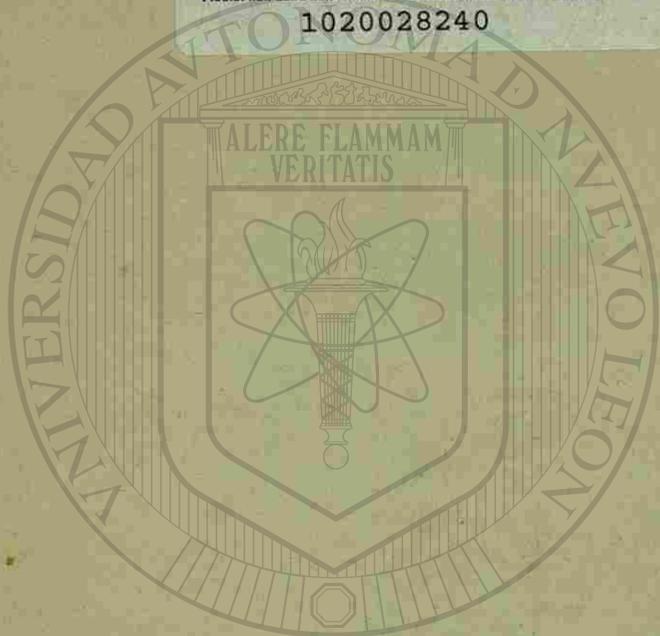
.G3

U4

17130



1020028240



UANL

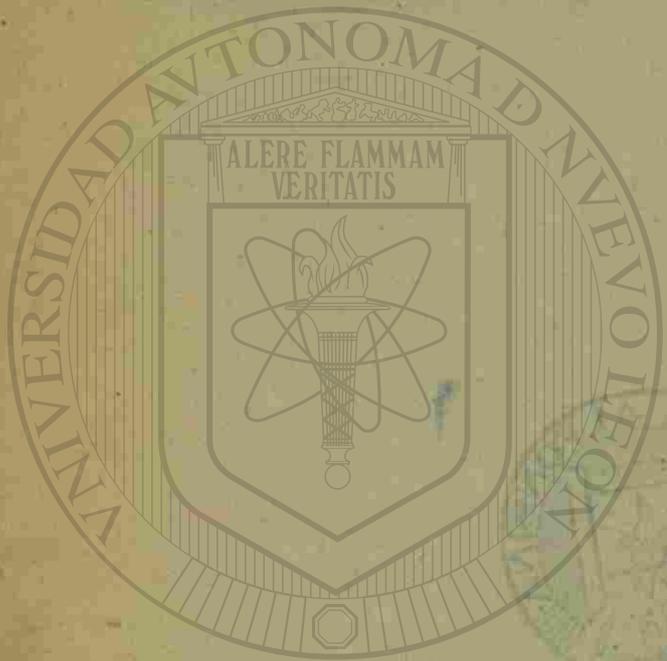


FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. MP62.62  
 Núm. Autor 61922  
 Núm. Adg. 32021  
 Procedencia 8-  
 Precio ^  
 Fecha \_\_\_\_\_  
 Clasificó 619  
 Catalogó 619



LA  
ULTIMA CAMPAÑA

DRAMA SOCIAL EN 3 ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

FEDERICO GAMBOA.

C. de la Real Academia Española.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

098994

CAPILLA ALFONSO  
MEXICO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
TIPOGRAFIA, LITOGRAFIA Y ENCUADERNACION DEL P.A.R.  
34 del Balcon, núm. 4, calle Norte 7, núm. 137

1894

12022021  
RICHARD COVARRUBIAS



872  
PQ 7297  
053  
04

POR EL MISMO AUTOR.

- DEL NATURAL. esbozos contemporaneos (segunda edición) Guatemala, 1889..... 1 vol.
- APARIENCIAS. Buenos Aires, 1892..... 1 vol.
- IMPRESIONES Y RECUERDOS. Buenos Aires, 1893..... 1 vol.

TEATRO

- LA SEÑORITA INOCENCIA (arreglo, agotada)..... 1 vol.
- LA MORAL ELECTRICA (arreglo, agotada).. 1 vol.
- LA UTIMA CAMPAÑA (original).....

Todas estas obras se hallan de venta en las principales Librerías y en la Casa de los únicos depositarios, Santa Isabel, núm. 8. J. Balleasca y Comp.—México.



CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. L.

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

PREFACIO.

La representación de "La última Campaña," comedia social de Federico Gamboa, ha sido un acontecimiento teatral. Las plumas viejas, ya cansadas, no escribían. Las nuevas habían hecho esfuerzos infructuosos.

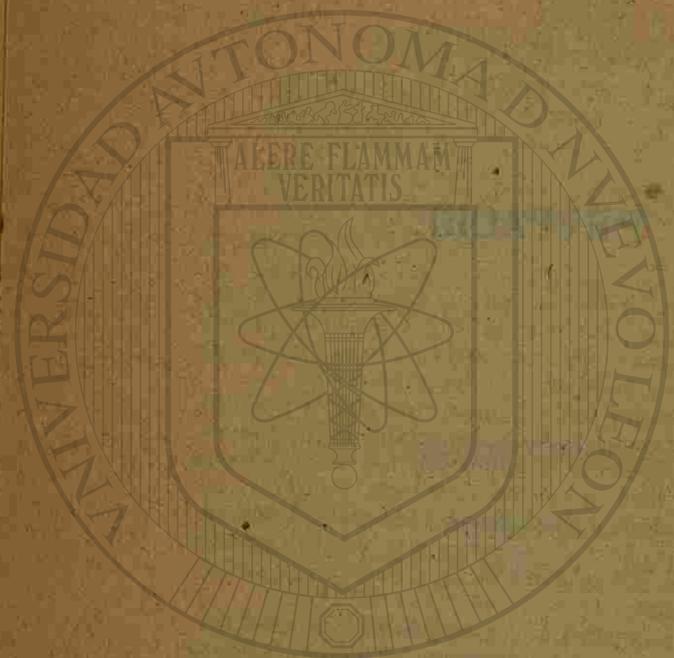
Federico Gamboa tiene lenguaje correcto y sencillo; dialoga admirablemente; sabe pintar nobilísimos sentimientos de manera bizarra y conmovedora; describe con gran colorido; y delinea bien los caracteres, sobre los cuales descuella el de la madre, como en toda la obra descuella su inmenso amor á su marido y á su hija, expresado de modo sublime con palabras de lágrimas y con frases de latidos de corazón.

"La última Campaña" no es solamente una obra teatral: es algo más, es una revelación. Federico Gamboa tiene en sí todos los elementos de un buen autor dramático. Sabe amar y sabe llorar: y pues de escuela realista se trata en estos tiempos, con saber tan poco ya se sabe todo; que amar y llorar son las únicas reauidades de la vida.

Federico Gamboa trabajará con constancia; y reservado le está lugar prominente, en la escena mexicana que presiden Alarcón y Gorostiza.

ALFEDO CHAVERO.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO PRONTO"  
CALLE DE LA...  
MEXICO



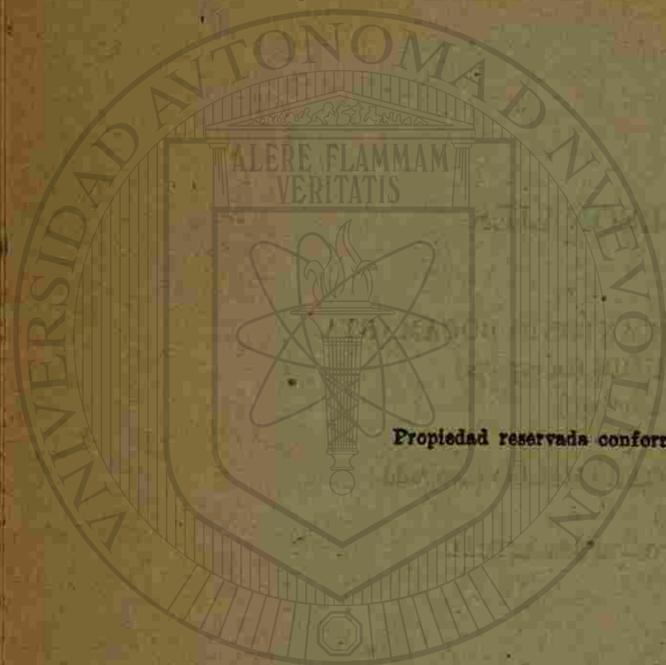
## PERSONAJES.

CORONEL DON ANTONIO BOCAMARTA.  
DOÑA GERTRUDIS (su esposa.)  
ISABEL (hija de ambos.)  
CARLOS.  
DON ISMAEL CARAMILLO (abogado.)  
PETRA (criada.)

MEXICO.—EPOCA ACTUAL.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Propiedad reservada conforme a la ley.

## ACTO PRIMERO.

Un comedor muy pobre, escaso de muebles; entre éstos, un escritorio viejo, al fondo, y una mesa costurera, en primer término. Puerta de entrada, también al fondo, en el centro. A la derecha, puerta conduciendo á otra habitación; y á la izquierda, dos puertas que conducen respectivamente á los dormitorios de Isabel y de sus padres. Al levantarse el telón, aparecerán Isabel y D<sup>ca</sup> Gertrudis haciendo labor junto al costurero. Es de día.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA GERTRUDIS. ISABEL.

Isabel.—¿Y dices que se enojó mucho?

Doña Ger.—Al pronto sí, ya lo conoces; se puso á echar pestes contra mí, y contra tí y contra todo el mundo; dijo que el tal Carlos sería un esto y un lo otro; que no podía quererle porque las muchachas pobres no inspiran amor sino lástimas; que tú eras muy ingrata y tu novio un tunante; que á mí con los años, se me había ido el santo al cielo, pero que por fortuna, así estaba si para impedir un desastre.

Isabel.—(Con ansiedad.) Pero ¿que no le explicaste lo bueno que es Carlos, lo que los quiere á Udes. y, sobre todo, lo que nos queremos nosotros?.....

Doña Ger.—Si se lo expliqué, después, conforme se calmaba.....

Isabel.—Y entonces, dijo que sí ¿verdad?....

Doña Ger.—Nó, no llegó á tanto; consintió en la entrevista, en oír á Carlos ¿te parece poco? El pobrecito, hasta lloró, ya acostado, creyendo que yo dormía y que nadie lo escuchaba.....

Isabel.—¡Pues si oyera á Carlos! ¡si supiera cuánto lo respeta y qué ganas tiene de disminuirle sus penas! Ayer, sin ir más lejos, me habló tanto de papá, que yo, de broma por supuesto, le aseguré que lo quería á él más que á mí. Y á tí ¿qué tal te quiere? anda, niégame que te quiere mucho, niégamelo si puedes... Ay mamá, niégale hoy otra vez, dile que no vaya á recibirlo mal, dile (con rubor) que él me ha prometido no acorreatarme de su lado, que me ha jurado que viviremos juntos, dile (bajando la voz y ocultando el rostro) dile que lo adoro....

Doña Ger.—(Sonriendo) Pues mira, me alegro de que Carlos piense vivir con nosotros, y me alegro por tí, porque de otro modo quizá tu padre no consentiría en la boda..... ni yo tampoco; nó, ni yo tampoco, aunque me mires así.....

Isabel.—(Interrumpiéndola con un beso) ¿Tú tampoco?... Tú sí, de cualquier modo; y papá también, los conozco á los dos. ¿Cuánto apostamos (con zalamería) á que si tu insistes, hoy mismo queda arreglado (con fingido énfasis) nuestro futuro enlace; fijados los días de visita y asegurada la dicha de tu hija?.....

Doña Ger.—No hagas cuentas alegres, criatura, que antes que tu dicha debemos mirar las dos por la de tu padre, y esa, ya lo sabes, está muy distante. Nada le sala bien, nadie le tiende la mano, debemos á todo el mundo, nos estamos ahogando, ¿cómo quieres que insista? ¿cómo quieres que lo convenga de que

debes casarte, de que debas tú, lo único que nos queda, no seguir siendo nuestra?.....

Isabel.—¿Qué no seré de Udes?..... Vas á ver como pierdes (con volubilidad.) En primer lugar, Carlos se queda aquí, sí, aquí mismo; en segundo, Carlos nos ayudará, no quiere que tú y yo sigamos cosiendo esto (señala la labor); en tercero, Carlos.....

Doña Ger.—Carlos, Carlos, ¿pero tú crees acaso que Carlos es un rey, un millonario, un santo tan milagroso?

Isabel.—Es más, pero mucho más que todo eso; es mi vida! Es, lo que papá ha de haber sido para tí; lo que es el hombre á quien queremos, lo que es el novio honrado para una muchacha pobre. ¿No me decías que las muchachas pobres, sólo lástimas inspiramos? Pues lo que es yo á Carlos, le inspiré amor, un amor que me encanta, que vive conmigo, que hace que me sienta tan feliz como cuando tú me llevabas de chiquilla á ofrecerle flores á la virgen ¿te acuerdas? papá entonces andaba en la guerra, tú llorabas por él y yo rezaba por los dos, lo que tú me decías al oído ó lo que cantaban las otras niñas; todas de blanco, todas con flores, junto á aquel piano negro que me causaba miedo....

Doña Ger.—(Venciendo su emoción). Vamos, que no me gusta que te pongas así; tontúela (acariciándola) si ya te dije que tu padre consiente en la entrevista y que yo he de ayudarte, ¿á qué vienen esos recuerdos tristes?..... (suena la campanilla) ahí está él. (Las dos tratarán de aparecer serenas y muy ocupadas con su costura.)

## ESCENA SEGUNDA.

DICHAS, PETRA.

Petra.—(Desde la puerta del fondo). Niña, ahí preguntan por el señor.

Doña Ger.—(Sin volverse). Bueno, pues dí que no ha llegado.

Petra.—Ya lo he dicho, pero quieren saber á qué hora volverá.

Doña Ger.—¿Quién es el que lo busca?

Petra.—Un señor.

Doña Ger.—¿Un señor decente?.....

Petra.—Sí niña; de sombrero alto y levita.

Doña Ger.—Díle entonces que vuelva, después de comer, y que deje dicho cómo se llama.

(Váse Petra.)

## ESCENA TERCERA.

DOÑA GERTRUDIS, ISABEL; DESPUES D. ANTONIO.

Isabel.—¿Crees que me asusté? Me pareció papá....

Doña Ger.—Yo también me asusté un poquillo; como al pobre se le ha puesto tan arrebatado el genio, no siempre llega contento; al contrario, y ya sabes que hay que esperar á que el chubasco pase (suena de nuevo la campanilla) ahora sí es él, no te asustes, que no sospeche nada.

D. Ant.—(con el sombrero puesto, el bastón debajo del brazo

y leyendo trabajosamente una tarjeta) Li-cen-cia do Is mael Ca-ra-mi-lló; ¿quién ha traído esto?

Doña Ger.—¿El qué... ?

D. Ant.—¿cómo el qué? (violento) pues esto, esta tarjeta de un señor de pluma, de un ave de mal agüero....

Doña Ger.—Debe haber sido él mismo; Petra me dijo que te buscaban y que volverían luego.....

D. Ant.—(como hablando consigo mismo.) Claro, clarísimo. .... (Volviéndose á su esposa.) ¿Sabes lo que quiere decir esta visita? ¿no? pues que nos echan á la calle; que el dueño de la casa, cansado y con razón, de que yo no le pague, nos arroja á las cuatro esquinas, á que vivamos en los portales ó en los jardines ó en el asilo..... ¿Y qué hago yo ahora? ¿con qué le pago? ¿con qué.....?

Doña Ger.—¿Quieres que yo le hable, que yo lo ruegue que nos espere un mes más? Nosotras las señoras arreglamos mejor estas cosas, nos escuchan con más calma, sin cóleras ni disgustos, ni malas palabras. Déjame (suplicante) intentarlo, le dirás que tú andas ocupado ó medio enfermo, que me has encargado el hablarle, y ya verás cómo lo ablando. Mientras, Dios se acordará de nosotros y te darán algo en el gobierno ó en otra parte ¿el Ministro no te prometió colocarte pronto?.....

D. Ant.—¿El ministro? . . . Ni éste ni ninguno me darán nada nunca; porque no tengo amigos influyentes, porque no tengo otra recomendación que mi derecho, porque no tengo ni ropa con que presentarme á pedir; y mis cicatrices, (tocándose el cuerpo) éstas, las compradas con mi sangre, se ven demasiado para despertar ascos y nó lo bastante para que me las premien. Mira, hasta los escribientes y los porteros, me humillan, me tratan peor que á un perro, y yo regreso al día siguiente y todos los que vivo por conseguir, no ya un empleo, nó, si no pido tanto, me conformo con un retiro ó con el depósito. En el Ministerio se ríen de mí, me llaman el incansable, me dan noticias falsas para gozar después con mi desen-

gaño... Y en la calle, ¡oh! lo que es en la calle, no digo los conocidos, creo que hasta los animales hu-  
yen de mí, para que no les pida nada..... Luego, me  
da vergüenza venir á mi casa, me da vergüenza ver-  
te á la cara—*a su esposa*—porque con lo poco que  
tenías, hemos vivido todos, porque las he sumido en  
la miseria y permito que ahora trabajen para mí y  
no me pego un tiro ni acabo de morirme para que  
descansen.....

Doña Ger.—Antonio, ¡por Dios santo! que haces llorar á  
tu hija.....

D. Ant.—*(Sentándose encima á Isabel y enjugándole los  
ojos.)* Vaya, que no quiero que llores, se acabó, que  
me vuelves loco..... ¿no sabe vd. que es vd. mi te-  
soro, señorita, lo único que poseo? ¿no sabe vd. que  
sus lágrimas me caen en el alma y me la hacen pe-  
dazo? ¿no sabes que yo perdono todas las injusti-  
cias con tal de verte reír, de oír tu vozecita cuando  
cantas, cuando hablas, cuando me riñes?..... no  
me bagas caso..... ¿no ves que soy un pobre viejo  
que te quiere mucho?.....

Isabel.—*(Sonriéndose.)* Sí, ¿verdad? me quieres mucho y  
todos los días es lo mismo, todos los días hablas de  
morirme y de que ya nos cansaste y de que de nada  
nos sirves..... pues aprende á mamá que no se que-  
ja nunca..... anda, aprende y no volveré á llorar.

D. Ant.—Tu madre no se queja porque..... *(Volviéndose  
á su esposa, ya contento)* porque es una santa; pero,  
acércate, acércate más, que no nos oiga y se nos eche  
á perder con las alabanzas.....

Doña Ger.—*(Que ha comenzado á poner la mesa ayuda-  
da de Isabel.)* Valiente par de chiquillos están los  
dos, si no los conociera..... Ve á decia á Petra *(á  
Isabel)* que traiga la comida y mira si falta algo, si  
ya hizo el café.....

*(Vse Isabel.)*

Antonio acuérdate de que hoy ha de hablarte Carlos,  
al ob-curecer, cuando salga de su trabajo; no vayas  
á recibirlo mal ni á contestarle á gritos; mira que

adora á Isabel, que es muy buen muchacho, que á  
pesar de tu mala voluntad, nadie te ha dado infor-  
mes que lo perjudiquen; que tú lo trajiste á tu casa...

D. Ant.—Sí, por bruto; cómo había de figurarme lo que  
me ha resultado, y además, el muchacho me prestó  
un servicio, no puedo negarlo, pero ahora, ahora que  
conozco sus intenciones, lo echaría yo á palos, lo ha-  
ría rodar las escaleras.....

Doña Ger.—No harás nada de eso, sino que te estarás muy  
quietecito y muy formal, para luego otorgar tu con-  
sentimiento; si es la ley, el matrimonio, aunque mue-  
vas la cabeza, es la ley de Dios y la ley de ustedes.

D. Ant.—Pues yo á mi hija, la pondría fuera de la ley,  
¡que diantre! Ni Carlos ni ninguno me satisface; to-  
dos para mí son ladrones, ladrones que llegan quan-  
do menos se piensa y sin que los sienta nadie á lle-  
varse mi virgen, el tierno y casto abrigo de mi ve-  
jez, la vida de mi vida! ¿Cómo vas á convencerme  
de que ésta la merece porque es trabajador y porque  
no bebe, ni juega, ni enamora? ¿á mí que me importa  
si mientras más bueno sea, peor me resulta? ¿no ves  
que siendo tan bueno, más pronto se ganará su co-  
razón y tú y yo no cabremos ya en él, ni encontrare-  
mos otro asilo de amor para nuestros achaques?.....  
Figúrate que frío, pero que frío por dentro, aquí, en  
el alma, cuando busquemos ese rinconcito tan puro  
y que era nuestro, para reclinar la cabeza, la tuya y  
la mía *(la toma de las manos y la mira con profun-  
da ternura)* que tanto han sufrido, que tantas canas  
tienen; cuando las quisiéramos reclinar y morir allí  
los dos, siempre juntos, sin más ruido que sus lati-  
dos, los que conocemos hace tantos años, ¿qué sen-  
tirías de hallártelo tomado por entero, por un señor  
trabajador y honesto, que te arrojará de allí sin mi-  
sericordia, con exigencias de esposo y besos de re-  
ción casado?.....

Doña Ger.—¿Y si en vez de perder ese corazón nos ga-  
náramos el de él? ¡ai en vez de lo que tú dices, se  
convirtiera Carlos en hijo nuestro; pero no hijo de

palabra, sino de veras que al querer á tu hija te quisiera á tí, qué harías entonces?.....

D. Ant.—Sueños tuyos, sueños de madre; esos afectos no pueden nacer así, tan de repente; y si nacen acaso ó son fugaces ó son fingidos..... sobre todo, ¿quién es este Carlos? ¿quienes son sus padres? ¿por qué sus padres no vienen á pedir á Isabel? Lo que es yo no lo conozco, sino muy por encima, mal pronuncio su apellido, que me huele á extranjero; Mercier, Mercier ¿qué quiere decir Mercier?.....

Doña Ger.—¿Pero, no te he dicho mil veces que es huérfano?.....

D. Ant.—Pues si es huérfano que se marche á la Cuna y nos deje en paz.

Doña Ger.—Vamos Antonio, no quieras parecer peor de lo que eres.....

Isabel.—(Entrando, toma del brazo á D. Antonio mientras la criada coloca la sopera en la mesa.) Deme vd. el brazo, señor coronel, que la comida espera.

(Se sientan á comer é irán accionando según las exigencias del diálogo y conforme lo estimen los actores.)

D. Ant.—Pues señor, ya me olvidaba de comunicarles la gran noticia; con la cuestión del abogado—que ya verán como viene á echarnos á la calle—perdí la resignación y la memoria, pero ahora me acuerdo y les aseguro que la noticia no es noticia, es notición. ¿Qué en el Ministerio nada me dan?..... Bueno, pues me lo dan en otra parte; sí, sí, ¿de que se asombran vds.? ¿por ventura mi aspecto es el de algún inservible?..... El tal destinillo no es de lo mejor, no; sobre todo, no es honorífico, pero produce dos pesos diarios, es decir, sesenta al mes, ¿quién ha de hacerle ascos!.....

Doña Ger.—Y por qué no ha de ser honorífico si el dinero se gana á cambio de trabajo?.....

D. Ant.—Ahí verás, es una adivinanza.

Isabel.—Será fuera de México ¿verdad?

D. Ant.—¡Qué disparate! En el mismísimo centro, en una de las calles más concurridas.....

Doña Ger.—Entonces es un empleo de comercio, gracias á Dios.....

D. Ant.—No, no se lo agradezcas todavía; porque si bien es cierto que el empleo es de comercio, también lo es que es un comercio.....raro.....muy raro.....

Doña Ger.—Un comercio muy raro.....

D. Ant.—Sí, figúrate que empieza por ser nocturno.....

Isabel.—Espera, que ya lo adiviné; van á emplearte en un teatro.....

D. Ant.—Justo, un teatro; pero un teatro en el que sólo se representan dramas y, en algunas ocasiones, verdaderas tragedias, con muertos que no resucitan al caer del telón, sino que van á parar al cementerio y sus familias los lloran y se quedan desamparadas para siempre.....

Doña Ger.—Pero hombre, ¿cómo estás hoy! En donde quieres que exista un teatro así?.....

D. Ant.—Aquí, en tu tierra, en tu México.....

Doña Ger.—¿Y cómo se llama ese teatro que jamás he conocido yo?.....

D. Ant.—También su nombre es raro..... se llama: garito!!

Doña Ger.—¡Jesús! una casa de juego.....

Isabel.—No, papá, no por Dios; no trabajas allí.....

D. Ant.—¿Y qué hago? ¿te figuras acaso que lo haré con gusto?..... ¿te figuras que mi dignidad y mis canas y mi pundonor de viejo soldado no se oponen á ello?..... Yo soñaba otra cosa muy distinta; después de veinticinco años de servicios me creía con otros derechos; soñaba con mi casita muy modesta, pero mía; muy pequeña, para poder sin esfuerzo abrazar á ésta y besarte á tí; con sonrisas de sol en sus vidrieras y alegría de flores y de luz en los corredores, con pájaros para tí, y piano para tí, y todo para tí, hasta nosotros, que nos miraríamos en tu dicha como si fuera nuestra..... ¿qué digo como si fuera nuestra, si nuestra sería, como lo eres tú, como lo fuiste siempre, desde que naciste; como lo serás, digo nó, ya tu

madre me dijo que quieres casarte, que quieres irte, que otro te ofrece la felicidad.....

Isabel.—No, irme no; dile mamá que no quiero dejarlos, que no los dejaré nunca..... pero casarme sí ¿qué mal hay en ello? ¿no te casaste tú? ¿no se casa todo el mundo?..... Sólo que tu no quieras, no me casaré, pero si querrás y será: tú quien me lleve á la Iglesia, quien me entregue á Carlos, quien cuide mi ventura. Mira, yo no puedo explicarte, no sé de estas cosas, jamás habia querido á nadie fuera de vdes., pero siento que los tres caben aquí, en mi co razón, siento que á vdes. sigo queriéndolos mucho, mucho, más quizá, desde que Carlos entró..... y ¿verdad mamá que tú no tienes celos?

Doña Ger.—Ni tu pa irte tampoco.....

D. Ant.—¿Qué yo no los siento?..... Lo que es yo sí, espantosos que me adoloran; y si consiento será por débil, por viejo, por lo mismo que consiento cuanto me pasa, por lo mismo que consiento en servir á tabures; en ganar dos pesos invitando á los transeuntes á que entren á jugar, á que los desplumen, á que dejen allí lo que llevan en el bolsillo, lo que han ganado á fuerza de trabajo.....

Doña Ger. é Isabel.—(suplicantes.) Á eso no entrarás tú.

D. Ant.—Pero si ni siquiera es seguro, no se apuren, me resolverán luego, á las cinco, cuando se hayan informado de si soy suficientemente honrado (con mucha ironía) para decidir viciosos y comprometer cándidos, y suficientemente locuaz para convencerlos de que tales casas son muy decentes, los que las frecuentan personas serias y los que las manejan muy tontos para la aritmética y la teneduría de libros.....

Doña Ger.—Antonio, por Dios, por nosotras, no lo hagas; me quemaría ese dinero, no sabría gastarlo, me parecería una maldición.....

D. Ant.—Pues te parecería muy mal, quieres que robe relojes y pañuelos ó que nos comamos los billetes de empeño de mis cruces?..... Lo que es ustedes

no me vuelven á dar puntada en esa costura maldici da, porque no me da la gana, porque me sabe á aribar lo que como, porque á mi hija la está matando y á tí no menos; porque ya que toda mi vida no he hecho, sino batirme con americanos y con franceses y con demonios, no he de huirle á la miseria que es el último enemigo de las gentes honradas; me reta y acepto.

Doña Ger.—Pues no otros no aceptaremos un solo centavo, te los ganará tú, á ver si te convences.....

D. Ant.—(remedándola y exaltado) Pues tú y ésta, y ésta y tú no harán sino lo que yo mande, sin replicarme, ni atormentarme ni hacerme perder el poco juicio que me queda..... Ahora mismo, en cuanto se marche ó se tarde el abogado, me marcharé yo á ver á los de la partida, á saber si los informes fueron buenos, á repetirles la lección de lo que diré por la noche á cuanto individuo me quede á tiro: (pasos, en tonación y gestos á juicio del actor.) Perdone vd. caballero, por que no sabe vd. un momento, allí, en esa casa iluminada, es una casa seria, muy bien concurrida, se distraerá un rato, quizá gane; vamos, decídase vd., es una cana al aire, la fortuna tal vez, vaya, entre vd..... Y ellos entrarán ó me darán un empujón ó me llamarán como les plazca y yo me beberé mis lagrimas cuando nadie lo observe, paseándome sobre la acera, en acecho de mi próxima víctima, pensando en mis campañas, en los partes del día en que me citaban entre los valientes, entre los más pundonorosos... .. Luego, cuando todo concluya y me entreguen mis dos pesos, mis dos pesos diarios, olvidaré lo sufrido, lo daré por bien empleado y (fijándose en Doña Certrudis é Isabel que llorarán abrazadas) les evitaré eso, que lloren así, que sufran y agonicen.....

(suena la campanilla.)

evitaré que nos echen á la calle, como probablemente vienen á echarnos ahora.....

## ESCENA CUARTA.

DICHOS, PETRA.

Petra.— Señor, el señor que vino esta mañana, el de la tarjeta, pregunta por vd.

D. Ant.— Que pase, que pase en el acto, ya no tengo hombres con que prolongar la defensa. (á Doña Gertrudis é Isabel.) Ustedes déjenme solo con él; no quiero que presencien ni que oigan nada.

(Vase Petra por el fondo.)

Isabel.— Pero, papá.....

Doña Ger.— Prométeme al menos que no te exaltarás, que no tendrás un disgusto.....

D. Ant.— Que me dejen he dicho.

(Vanse Doña Gertrudis é Isabel.)

## ESCENA QUINTA.

D. ANTONIO Y D. ISMAEL.

D. Ism.— (Desde la puerta del fondo, descubierto, muy elegante y muy político.) El señor coronel Bocamarta...

D. Ant.— (Con sequedad, de pie é inmóvil.) Servidor de usted.....

D. Ism.— Supongo, señor, que le habrán dicho á vd. ya que esta mañana estove á buscarlo (avanzando.)

D. Ant.— Sí señor, me lo dijeron en efecto (colérico) y como sospecho el objeto de su venida le ruego sea breve, creo que estos negocios deben despacharse pronto.....

D. Ism.— (Muy sorprendido). ¿Qué sospecha Ud. el objeto de mi venida!!.....

D. Ant.— ¿Le sorprende á Ud?

D. Ism.— Si he de decir verdad, sí, si señor, me sorprendo mucho.....

D. Ant.— ¿No viene Ud. mandado por el dueño de la casa?.....

D. Ism.— (Con orgullo) No señor, vengo en nombre de la compañía que represento, á proponer á Ud. un buen negocio.

D. Ant.— ¿A proponerme á mí un buen negocio? ¿Está Ud. cierto de que es á mí?.....

D. Ism.— Enteramente cierto, á menos de que Ud. no fuera D. Antonio Bocamarta.

D. Ant.— Entonces no hay duda; siéntese Ud. y perdone mi recibimiento; esperaba una mala noticia..... un negocio que me ha salido mal, que me trae muy preocupado, y, francamente, vamos, que no sabía lo que me decía... [con dignidad y educación] de nuevo perdone Ud. y hable cuando guste ¿en qué puedo servirle?

D. Ism.— Como dije á Ud. antes, soy el representante de una compañía, una gran compañía compradora de terrenos; Ud., señor coronel, según nuestros informes, es dueño único, desde hace muchísimos años, de un gran terreno abandonado en una de las riberas del río Conchos, ¿no es cierto?.....

D. Ant.— Es exacto, sí señor; propiedad es esa que heredé de mi padre, y al verme, ya calculará Ud. si en efecto soy dueño de ella hace muchos años; sólo que la tal propiedad nunca me sirvió de nada ni ha habido nadie que quiera comprarla; la he ofrecido mil veces, por cualquier precio, pero como los indios bajaban hasta ella en sus incursiones y en cierta ocasión llegaron á arrasar una populosa villa, con destacamento y todo, que le quedaba cerca, no ha habido nadie, lo que se llama nadie que me ofreciera un peso.....

D. Ism.— Pues ese es el negocio; las cosas han cambiado,

el país progresa y esta compañía, por mi conducto, le propone á Ud. la venta.....

- D. Ant.—(Con júbilo) Venta que estoy dispuesto á realizar, ya lo creo que estoy dispuesto; si supiera Ud. en qué momento me cae su proposición!.... con tal de que los títulos no se hayan perdido.....(se levanta y busca febrilmente en el escritorio) los creíamos papel viejo, inservible.... estaban tan amarillentos, con una letra tan ilegible.... lo menos tendrán un siglo..... pero ¿dónde diablos los he puesto?..... Gertrudis, Gertrudis,..... á ver si mi mujer los ha guardado..... (nervioso) Gertrudis.....

#### ESCENA SEXTA.

DICHOS, DOÑA GERTRUDIS.

Doña Ger.—(Al verla el abogado se levanta y se hacen una mútua inclinación de cabeza). ¿Me llamabas, Antonio?.....

D. Ant.—(Siempre agitado y continuando la busca). Si mujer..... dime..... aquellos títulos, ¿te acuerdas? los que teníamos guardados en un tubo, los del terreno aquel..... ¿se han perdido? porque no los encuentro y los necesito.

Doña Ger.—Pues ahí deben estar, sobre el armario, donde tú los pusiste.

D. Ant.—Si ya decía yo; esta memoria, la culpa la tiene esta memoria que me abandona conforme los años me acompañan más..... (subido en una silla que sujeta Doña Gertrudis y con mil fatigas bajará un tubo de hoja de lata mientras el abogado se aburre soberanamente) Ah, ah, ah; ya pareció el peine..... ¡puí, cuánto polvo..... bueno, hasta telarañas..... como que nadie lo ha movido..... (sacudiéndolo en unión de Doña Gertrudis) pero, ya está aquí, ya está aquí, [á Doña Gertrudis que se retira] Ven Gertrudis, ven;

que no te he presentado al señor, un buen amigo que nos llueve del cielo..... (á Don Ismael.) Señor licenciado, mi esposa.....

D. Ism.—(Muy ceremonioso) Señora.....

Doña Ger.—(Con distinguida naturalidad.) Servidora de vd. señor licenciado, y con su permiso, me voy para que vds. hablen con libertad.

D. Ant.—(Acariiciándola un hombro.) Sí, sí retírate; ya te contaré luego.

(Vase Doña Gertrudis.)

#### ESCENA SEPTIMA.

DICHOS, MENOS DOÑA GERTRUDIS.

D. Ant.—Conque, aquí los tiene vd., examínelos y vea si es lo que buscaba.

D. Ism.—(Hojeándolos con afectada superioridad.) Esto es..... están en regla..... no se necesita más..... (Con creciente superioridad hasta que D. Antonio estalle.) Señor Coronel, de acuerdo con las instrucciones recibidas, ofrezco á vd. veinte mil pesos por su terreno, al contado, el día que firmemos la escritura, y que será la semana entrante á más tardar ¿le conviene á vd.?

D. Ant.—(Estupefacto.) ¡Veinte mil pesos!..... ¿Vd. me ofrece veinte mil pesos por estos papeles, no es eso?.... Es decir ¿vd. viene á proponerme una fortuna, la dicha de mis gentes; la mía propia?..... ¿Y me lo ofrece vd. en serio, al contado, para dentro de una semana?..... ¿Y todavía, me pregunta vd. si me conviene?..... Á ver, á ver señor licenciado, permítame vd. que me serene..... que me acostumbre á semejante idea..... en este instante no estoy en mí..... me parece que sueño.....

D. Ism.—(Casi despreciativo.) Francamente caballero no veo el motivo.....

D. Ant.—Debió vd. verlo, sin embargo, ¿no v. vd. con que muebles lo recibo? ¿no respira vd. aires de pobreza? ¿no ve vd. que mi mujer y mi hija cosen ajeno, el vestuario de la tropa? No, no lo sabe vd.; si lo supiera, si se hubiera fijado, me daría la razón, encontraría el motivo. Ya ve vd., se lo he dicho todo aunque no me lo pregunta, porque lo sabe el mundo entero, porque nada me importa y ahora mucho menos, ahora que la casualidad le pone término.

B. Ism.—(*Siempre con superioridad.*) Yo estimo su confianza en todo lo que vale, señor coronel y me felicito de haber sido el intermediario entre la fortuna y la familia de vd.; aplaudo sus nobles sentimientos que me lo hacen aparecer muy apreciable, y me permito citarlo (*cuenta las hojas*) hasta el próximo miércoles.....el tiempo indispensable para la traducción de los títulos.....

D. Ant.—¿Para la traducción? ¿Y qué necesidad hay de traducirlos?.... No entiendo.....

D. Ism.—¡Una friolera! La compañía que yo represento, reside en Filadelfia, están ahora en México dos de sus directores que no entienden el español y lo menos que pueden exigir es que los documentos que pagan, les sean traducidos á su idioma.

D. Ant.—Pero entonces la compañía es americana?.....

D. Ism.—Sí señor.

D. Ant.—¿Americana de los Estados Unidos?.....

D. Ism.—Pues no acabó de decir á vd. que es de Filadelfia?

D. Ant.—(*Arrebatando de las manos de D. Ismael los títulos.*) Para una compañía de los Estados Unidos, yo no tengo de venta ni una pulgada de tierra mexicana!.....

*Se pone de pié al decir esto con voz solemne, y mostrará la puerta al abogado con un gesto grande y majestuoso. Telón.*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto anterior.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA GERTRUDIS. ISABEL.

Doña Ger.—Pues, te lo aseguro, creí que le daba algo; he llevado un sustazo atroz y de intento no te llamé en el acto, para evitarte otro igual. Yo los dejé en muy buenos términos, muy de amigos, sin sospechar la tormenta; el mismo Antonio me presentó al abogado, quien me pareció bastante cortés, no creas. Así es que me sorprendí lo que no tienes idea cuando primero oigo que hablaban alto y después que enmudecen; me asomé desde la puerta, para enterarme, entré curiosa y asustada, y vi que tu padre despedía al abogado, sin miramientos ni palabras, el brazo tendido y el rostro seco, contraído, terrible.....

Isabel.—Y ¿qué habrá dicho el licenciado?.....

Doña Ger.—Figúrate!..... Petra dice que cuando le abrió para que se marchara, iba muy pálido y hablando solo..... Y yo no siento esto, né; lo que siento es que ahora Antonio prescindirá menos de ese empleo de mi pecadora que le tienen ofrecido, y no quiero verlo en una sala de juego, porque le amaría y se lo

- D. Ant.—Debió vd. verlo, sin embargo, ¿no v. vd. con que muebles lo recibo? ¿no respira vd. aires de pobreza? ¿no ve vd. que mi mujer y mi hija cosen ajeno, el vestuario de la tropa? No, no lo sabe vd.; si lo supiera, si se hubiera fijado, me daría la razón, encontraría el motivo. Ya ve vd., se lo he dicho todo aunque no me lo pregunta, porque lo sabe el mundo entero, porque nada me importa y ahora mucho menos, ahora que la casualidad le pone término.
- B. Ism.—(*Siempre con superioridad.*) Yo estimo su confianza en todo lo que vale, señor coronel y me felicito de haber sido el intermediario entre la fortuna y la familia de vd.; aplaudo sus nobles sentimientos que me lo hacen aparecer muy apreciable, y me permito citar lo (*cuenta las hojas*) hasta el próximo miércoles.....el tiempo indispensable para la traducción de los títulos.....
- D. Ant.—¿Para la traducción? ¿Y qué necesidad hay de traducirlos?.... No entiendo.....
- D. Ism.—¿Una friolera! La compañía que yo represento, reside en Filadelfia, están ahora en México dos de sus directores que no entienden el español y lo menos que pueden exigir es que los documentos que pagan, les sean traducidos á su idioma.
- D. Ant.—Pero entonces la compañía es americana?.....
- D. Ism.—Sí señor.
- D. Ant.—¿Americana de los Estados Unidos?.....
- D. Ism.—Pues no acabó de decir á vd. que es de Filadelfia?
- D. Ant.—(*Arrebatando de las manos de D. Ismael los títulos.*) Para una compañía de los Estados Unidos, yo no tengo de venta ni una pulgada de tierra mexicana.....
- Se pone de pié al decir esto con voz solemne, y mostrará la puerta al abogado con un gesto grande y majestuoso. Telón.*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto anterior.

## ESCENA PRIMERA.

DOÑA GERTRUDIS. ISABEL.

Doña Ger.—Pues, te lo aseguro, creí que le daba algo; he llevado un sustazo atroz y de intento no te llamé en el acto, para evitarte otro igual. Yo los dejé en muy buenos términos, muy de amigos, sin sospechar la tormenta; el mismo Antonio me presentó al abogado, quien me pareció bastante cortés, no creas. Así es que me sorprendí lo que no tienes idea cuando primero oigo que hablaban alto y después que enmudecen; me asomé desde la puerta, para enterarme, entré curiosa y asustada, y vi que tu padre despedía al abogado, sin miramientos ni palabras, el brazo tendido y el rostro seco, contraído, terrible.....

Isabel.—Y ¿qué habrá dicho el licenciado?.....

Doña Ger.—Figúrate!..... Petra dice que cuando le abrió para que se marchara, iba muy pálido y hablando solo..... Y yo no siento esto, né; lo que siento es que ahora Antonio prescindirá menos de ese empleo de mi pecadora que le tienen ofrecido, y no quiero verlo en una sala de juego, porque le amaría y se lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MEXICO  
BIBLIOTECA JUVENIL Y DE INVESTIGACIONES  
CALLE FLORES MAGNO  
MEXICO  
Año 1985 MONTENEGRO, MEXICO

que va á sufrir, mira, hasta temo que enferme ó que me lo maten de un disgusto..... Hace un rato, cuando se disponía á salir y que yo, para entretenerlo le pedí que me contara lo sucedido con el abogado, apenas si me hizo caso; díjome que había venido á proponerle una indignidad, casi un crimen, y que ya no vacilaba, que prefería su nuevo empleo, su empleo de "gancho," de "convilador."

Isabel.—Ay mamá, ¿pero cómo hemos de permitirlo nosotras?..... Si vieras, yo he pensado una cosa que me parece buena, infalible; que nosotras pongamos á Carlos al tanto de lo que ocurre y que él le hable, que lo convenza..... ¿quién sabe si no por ser de cumplimiento, pueda más que nosotras?.....

Doña Ger.—Qué ocurrencia, hija, ni lo intentes, conformate con que abogue por sí mismo, por el asunto de vdes., y no lo comprometas; perderías.

Isabel.—¿Cómo? Pues qué temes que papá, con motivo del disgusto, y á pesar de lo que te prometió, vaya á desahogar su cólera en Carlos?.....

Doña Ger.—Precisamente á desahogarla, nó; pero comprende que es natural que el pobrecillo no se encuentra muy bien dispuesto, y que si antes le repugnaba tu matrimonio, ahora le aumenta repugnancia.

Isabel.—Mira, mamá, creo que entonces yo odiaría á los americanos más que papá; porque, ellos vendrían á ser la causa de mi desdicha.

Doña Ger.—¿Si, eh? Pues ódialos, hija, ódialos, que lo mismo ha de importarles tu odio que tu cariño. De veras que me has hecho reír y que no puedes negar que eres la hija de tu padre; sería la que me faltara, que tú también te me volvieras patriota; entre Antonio y tú me obligarían á declararles la guerra á vdes., á los mexicanos; y como no es una de balde la esposa de un coronel, si con Antonio pierdo, lo que es á tí (riendo y tomándole las manos) á la primera derrota te desterraba yo á la cocina, despachaba á Petra y saldría ganando una economía más y un enemigo menor. Por lo pronto, y mientras te me conviertes en

general, ayúdame á doblar esta ropa y apunta en la libreta el número de piezas que entregamos (lo harán entre las dos.)

Isabel.—Comienza á hacerse tarde y Carlos no viene; con tal de que nada le haya sucedido.....

Doña Ger.—Jesús, hija, no te lo vayan á comer, ¿qué quieres que le suceda? Ya no está en edad de perderse ni de asustarse; bien puedes permitirle que ande de noche por la calle.

Isabel.—No te burles, no te burles, (amenazándola cariñosamente) que te va á ir mal. Acaso tú, cuando fuiste novia, ¿no sufrías las mismas inquietudes, las mismas impacencias? ¿no contabas las horas y los minutos? ¿no el corazón te anunciaba la llegada de papá y no hasta suspendía sus latidos cuando se retardaba?.....

Doña Ger.—Sí, ya te lo he dicho mil ocasiones; sólo que conmigo el caso era distinto; tu padre era soldado y soldado en campaña, de suerte que mis ansiedades de enamorada estaban justificadísimas; sobre que no sabía si al despedirnos lo volvería yo á ver, y á veces en lugar de su persona me llegaban únicamente las noticias, como cuando nos aseguraron que lo habían matado..... Ya ves, han pasado muchos años de esto, de aquella noche en que lo supuse muerto, hecho pedazos quién sabe dónde, y aún el recuerdo de lo que sufrí, de lo que lloré, me estremece cual si el momento amargo reviviera. Veo á mi padre, paseándose nervioso, sin despegar los labios; al amigo que nos llevó la nueva, mudo también, encogido, contemplando la alfombra; y veo á mi madre que al tratar de consolarme, al decirme que no llorara tanto, se le escapaba un llanto que con el mío se confundía..... Con que, compara y dime si no hay diferencia?..... Anda, tu Carlos no te lo disputa nadie, es tuyo, tuyo únicamente.

## ESCENA SEGUNDA.

DICHAS, PETRA.

Petra.—Niña, voy á salir....

Doña Ger.—(Saca dinero de su portamoneda) Sí, si, ve y no te tardes que ya casi es de noche.

Petra.—¿Qué traigo?.....

Doña Ger.—Lo de siempre.

Isabel.—(Cuando Petra se marcha). No vayas á echar la llave ahora que sales; cierra solo con el pasador.  
[Vase Petra].

## ESCENA TERCERA.

DICHAS, MENOS PETRA.

Isabel.—Mamá, dime, ¿pedirá permiso Carlos para dos ó para tres noches á la semana?

Doña Ger.—Que pida para visitarnos, tres, y ya tu padre se encargará de otorgarle solo una.

Isabel.—Y tú te encargarás de conseguir las otras dos...

Doña Ger.—Por supuesto; ó las otras doscientas..... pero tú te crees que voy á estarte consiguiendo cuanto te viene á la cabeza? (con fingida seriedad) Ud. se conformará con lo que su padre ordene, se guardará muy bien de protestar y, sobre todo, de meterme á mí en sus contrabandos. Ve á ver si Petra vuelve y prepara la lámpara, anda, no vaya el novio á tropezar con nuestro complicado mobiliario.

(Vase Isabel.)

## ESCENA CUARTA.

Doña GERTRUDIS, arreglando las sillas, á poco ISABEL con una lámpara encendida, y luego CARLOS.

Isabel.—Ahí viene, mamá, ahí viene. Lo ha visto en el patio, debe andar ya por la escalera (coloca la lámpara sobre el escritorio; suena la campanilla).

Carlos.—(Ligeramente emocionado dorá la mano á Doña Gertrudis, rímero, luego á Isabel). Señora, gracias, muchas gracias por haberme ayudado á conseguir esta entrevista..... Isabel, buenas noches.....

Doña Ger.—Y de veras deben agradecermelo por lo que he trabajado; nunca creí que Antonio consintiera...

Isabel.—(Aproximando una silla) ¿Se sienta Ud?

Doña Ger.—(Sentándose los tres) Ha de saber Ud. que Antonio le ha cogido un poquillo de mala voluntad, porque dice que Ud. le quita á su hija, así, como á traición, después de que él lo trajo á la casa, después de que lo recibía en ella, como á un desinteresado, como á un simple amigo.

Carlos.—Y Ud. señora, ¿opina lo mismo? ¿me hace el propio reproche?

Doña Ger.—Ya sabe Ud. que la mujer tiene que estar en todo con su marido; pero como yo lo perdoné á Ud. ya; como desde antes que ésta (por Isabel) me confesara que ustedes se querían, yo lo había adivinado, comprenderá que lo que le he dicho no es regaño sino aviso; es para prevenirlo; para que no le extrañen las durezas que Antonio pueda gastar con Ud; su carácter, que no fué dulce nunca, se le ha emproado de poco tiempo acá, y con razón.....

Carlos.—Pero si al contrario; les aseguro á vdes. que aun cuando no estuviera yo interesado (mirando á Isabel) D. Antonio me sería igualmente simpático. Si vd. supiera que las raras veces que he presenciado sus exaltaciones patrióticas, en casi manía por la patria, porque es casi una manía ¿verdad?

Doña Ger.—Sólo que es una manía adquirida desde la niñez; Antonio era un niño cuando se batió contra los americanos.

Carlos.—Nó, si ya lo sé; por eso iba á decirles que cuando lo he escuchado, no me lo creerán, pero me ha conmovido y me ha hecho que lo quiera, se lo aseguro á vd., que simpatice con sus ideas y con su mala estrellita. De tal suerte, que ahora que se trata de Isabel, no tenga vd. cuidado, pasaré inadvertidas las cosas que me diga. Y á propósito ¿no está en casa?

Isabel.—(Apresurada): Salió á un negocio.....un negocio urgente.....pero no ha de dilatar.

Doña Ger.—Y mientras llega, confórmese vd. con mirar á la niña delante de la mamá, que entra esta noche en sus funciones de suegra.

Carlos.—Vamos señora, que ni en broma me gusta oír á vd. semejante palabra; ¿no quiere vd. que al casarme con Isabel adquiriera yo en vdes. toda una familia, una familia que no tengo y que anhelo tener?...

Isabel.—(Con mucho rubor) ¿Lo ves mamá, lo ves?

Doña Ger.—Sí, hijo, sí; con toda mi alma; ya ve vd., ya le adelantó un título que no debe prodigarse....

Carlos.—Y que yo cuidaré de conservar siempre, dando á Isabel lo que merece, es mucha, pero si la que yo pueda darle, la que quede á mis alcances.

(Suena la campanilla).

Isabel.—(Emocionada por lo que acaba de oír) Esa es papá, estoy segura, voy á recibirlo.....(Se adelanta á su encuentro y le besa la mano y la frente; le quita el bastón y el sombrero)

#### ESCENA QUINTA.

DICHOS, D. ANTONIO DE MUY BUEN TALANTE

D. Ant.—(Sin reparar en Carlos.) Se conjuró la tormenta.... parece que todavía soy honrado..... me admiten por fin... mañana comenzaré..... Ah!,... llegó ya el Sr. Mercier?...

Carlos.—Buenas noches, señor coronel; de vd. hablábamos.

D. Ant.—Gracias, caballero; mil gracias por su atención. Vaya (volciéndose á Isabel y á Doña Ger.) déjenme solos, quizás el señor esté de prisa, ha de urgirle conocer mi respuesta.....

Carlos.—Nó, lo que es por mí.....

D. Ant.—Que está de prisa he dicho; ¿no se lo conocen en la cara?.....

Doña Ger.—(Tomu del brazo á Isabel) Bueno, nosotras entonces nos vamos por allá adentro, á esperar que vdes. nos llamen cuando terminen.

(Vanse.)

#### ESCENA SEXTA.

D. ANTONIO, CARLOS.

D. Ant.—(Se sienta é invita á Carlos á hacer lo mismo; luego, cruzándose de brazos doblará la cabeza sobre el pecho, irónico y meditabundo.) Estoy á sus órdenes, señor pretendiente, y vd. dispense que le dé éste nombre, pero me parece que es el único que le corresponde.

Carlos.—Llámemme vd. como quiera señor coronel, que yo me encargaré del cambio de título. Sabe vd. ya lo que quiero á su hija, sabe vd. que mi solo capital lo forman mi honradez y mi trabajo (con entereza) ¿puedo aspirar á que sea mi esposa?.....

D. Ant.—¿La esposa de vd?..... Aún hay mucho que hablar sobre el asunto, hay que meditarlo, que no pecar de ligero. Vdes., los muchachos, creen que eso se arregla así, en dos palabras; y nosotros los viejos, por viejos sabemos que para que cualquier negocio salga medianamente, hay que echarle muy buenos cimientos, pero muy buenos..... Yo se, en efecto, que es vd. muy honrado y muy trabajador, es decir, que es vd. un hombre que no hace ninguna gracia sino que cumple con su deber, y vd. ¿sabe también que Isabel

es una criatura pobrísima, con una madre enferma y un padre inútil; una criatura que no ha tenido juventud, ni ilusiones, ni ninguna de esas pequeñas cosas que tienen todas las muchachas, esas pequeñas cosas que vienen á serles útiles más tarde, cuando la juventud se fué y la vida, la verdadera, la amargura, viene á lastimarlas con sus asperezas..... (*animándose*) y vd. no sabe que mi hija es una acreedora de la felicidad; que ya que yo no puedo dársela, el que como vd. venga á anidarse en el corazón, está obligado á ello..... á mostrársela siquiera de lejos y por una sola vez?..... (*trémulo*)

Carlos.—(*muy impresionado*) Ah, señor don Antonio, es vd. un gran corazón. Dios lo bendiga.....

D. Ant.—Yo ya no soy nada, absolutamente nada; soy una ruina que se viene abajo, que se desmorona, pero que todavía defiende á la entrada que se adhirió á sus muros.....

Carlos.—(*animado también*) ¿Y si yo le juro á vd. que adoro á Isabel; si yo le juro que le conseguiré esa dicha que nunca conocí; si yo le pido á vd. permiso para vivir al lado de esa ruina y, en caso de sinistro, permanecer junto á la entrada que se prendió á sus muros, ¿vd. don Antonio, consentiría...?

D. Ant.—¿Y si yo consiento y vd. no cumple?..... No, no me interrumpa vd. sus propósitos son muy buenos, concedido..... pero ya ve vd. cuantos matrimonios se echan á perder, los más, dicen que es natural, ¿si vd. entra en esa naturalidad, qué le digo á mi hija y qué le hago á vd.?

Carlos.—Pues á mí podría vd. hacerme lo que quisiera, y en cuanto á su hija, nada tendría que decirle, porque suponiendo desgracia tamaña, yo sería yo quien le pediría perdón de rodillas, hasta que de veras me perdonara, hasta que reconquistara su estimación y su cariño. Además, tal monstruosidad no se realizará nunca, se lo protesto á vd. cuando se ha visto que un hambriento desprecia antes de saciar su hambre, el pan bueno, el pan blanco con que siempre soñó?

nosotros la victoria, una victoria que debemos á ustedes, ni quien lo niegue, pero que tenemos que utilizar, que traducirla en prosperidad y en trabajo.....

D. Ant.—Ya lo ve Ud. en esta época todos ustedes son abogados, y literatos, y sabios que dicen cosas muy bonitas..... lo que es yo me quedo como soy, maniático, idólatra, ignorante..... A todos esos discursos, prefiero por ejemplo, lo que hicimos nosotros, los cadetes del Colegio Militar en la madrugada del 12 al 13 de Septiembre del 47..... ¿no lo sabe Ud.?..... pues también es bonito..... éramos tan niños que instintivamente nos buscamos y nos agrupamos, para darnos más valor, por entre nuestros fusiles en pabellones..... El bosque estaba imponente, negro; los ahuehetes, agigantados en la sombra, parecían apesarados por nuestra próxima suerte; subían del campo esos infinitos rumores con que la noche asusta, y nosotros, muchachos al fin, muy vivo y muy reciente el recuerdo de nuestra casa y nuestra madre, nos pusimos á reír, lo que recordamos, una oración purísima que fué á perderse entre el follaje de los árboles, y que nos valió al día siguiente que el enemigo nos tratara como hombres y como hombres que sabían pelear y morir.

Carlos.—(*Abrazándolo*) D. Antonio, perdí; me doy por vencido, ya lo creo; ha hecho vd. santamente en no vender nada..... ¿quiere vd. ahora que llamemos á Doña Gertrudis y á Isabel?.....

D. Ant.—(*Sonríe y le abraza*) Sí, llámelas vd. y haga muy feliz á mi hija..... (*deteniéndolo*) pero si antes le dije mis amores, no se olvide de mis grandes odios; solo son dos, pero mortales: los americanos y los franceses!

Carlos.—(*Aterrado*) ¿Los franceses?..... Por Dios, Don Antonio, dígame vd. que he oído mal; que vd. no ha dicho eso.....

D. Ant.—(*Sorprendido*) Y lo repito, sí señor; ¿a Ud. que puede importarle?.....

Carlos.—(*Desesperado*) Que mi padre fué francés.....

y fran-és invasor.....

D. Ant.—(Aterrado también) ¿Y dice vd. que murió?... Pronto, pronto, ¿en cuál acción?...

Carlos.—(Con tristísimo orgullo.) Frente á los muros de Puebla.....

D. Ant.—(Pausa.)—Y después de esta confesión, por la que debía vd. haber comenzado, todavía cree vd. posible su casamiento con mi hija? ¿Lo cree vd? La verdad?.....

Carlos.—(Suplicante.) Ah, señor! no sólo lo creo posible, sino que para lo que ella me quiere; para lo que yo la adoro, lo creo indispensable; creo que vd. no se opone á él; que en obsequio de nuestra di-cha, disminuirán sus odios. ¿Por qué ha de pagar yo lo hecho por mi padre?.....

D. Ant.—Porque el mundo es así, injusto si vd. quiere, pero haciendo recaer en los hijos las faltas de los padres; y la del de vd. al menos para mí, para este viejo loco y ridículo sin más culto en el alma que su patria, la falta del de vd. fué muy grave, gravísima, de las que no se perdonan... porque ¡no deben perdonarse!

Carlos.—Vd., patriota, no la perdona, pero no hace bien en declarármelo á mí, al hijo, que no digo perdona, sino que lamenta, sí señor, lamenta, el no haber conocido ni abrazado al delincuente.....

D. Ant.—Ya ve vd., lo oigo en calma porque defiende vd. la memoria de su padre y eso me gusta, está vd. en su papel... pero no insista en lo otro, déjeme á mí defender á mi hija, déjeme vd. conservarla para uno de los suyos.

Carlos.—Señor don Antonio, por Dios, ¿acaso yo no soy de vdes? pues ¿en dónde he nacido? ¿qué idioma hablo? y sobre todo ¿en dónde amo?... ¿Vd. no sabe que cuando se ama como yo amo, no hay nada igual á la mujer querida; vd. no sabe que por la mujer querida abandonaría uno patria, familia, cuanto tenga de más sagrado, porque el sacramento más puro y más sublime es el amor?..... Luego, yo soy mexi-

cano, señor, mi madre lo era; soy más mexicano que... pero mucho más.....

D. Ant.—¿Más mexicano que yo?...?

Carlos.—Sin duda, porque vd. nació aquí, como nacemos todos en cualquier parte, sin poder elegir padres ni patria, mientras yo, cuando cumplí los veintún años, cuando tuve derecho para optar entre la nacionalidad de mi padre y la de la tierra en que había nacido, elegí México sin que nadie me obligara á ello; porque no podía vacilar entre mi memoria que vagamente me recuerda á Francia y el corazón que me murmuraba quedo, muy quedo: "¿Si aquí me han dado vida, cómo te has de marchar?".....

D. Ant.—Pues, á pesar de todo, yo desconfío, sí, desconfío de la sangre francesa que tiene vd. en las venas; porque yo la derramé, porque para mí es sangre enemiga; porque mi hija no ha de servir por amor para la mezcla de dos sangres que se odiaron.

Carlos.—Pero, D. Antonio, si vd. casi no tiene derecho para impedirlo... sería una mala acción y vd. no es malo... llámela vd., señor, que decida ella... que decida doña Gertrudis.....

D. Ant.—Amigo mío, en mi casa sólo se hace lo que yo mando, tuerto ó derecho... ..

Carlos.—Si no digo que nó; pero es que ahora manda vd. una inhumanidad.....

D. Ant.—Pues inhumanidad se queda. Esta tarde despedí á la fortuna, ahora desahucio al amor.

Carlos.—¡Don Antonio!... (con dulzura.)

D. Ant.—Vaya, resuelva vd. mi no. ¿Qué diría vd. de un sacerdote, pero sacerdote honrado, no de los otros (con desprecio) qué diría vd. de verlo violar el voto de castidad; aunque la ciencia y los filósofos opinen que el tal voto es imposible, un disparate, una locura?.....

Carlos.—Diría que no debió meterse á sacerdote.

D. Ant.—¿Verdad?..... Pues haga vd. de cuenta que yo soy ese sacerdote honrado, que mis votos son mis dos odios..... (en este momento, Isabel aparecerá es-

piando por la puerta entreabierta, á espaldas de los actores y de manera que el público la vea) y si hace un instante me felicitó porque no había querido vender mi tierra, mañana, cuando se calme esa pólvora de juventud, me felicitará también porque no quise regalarle á mi hija.....

Carlos.—Don Antonio, va vd. á ser responsable de la desgracia de dos seres; de la desgracia de esa misma hija que tanto quiere.....

D. Ant.—Mi hija aprobará lo que yo hago, como lo aprueba siempre..... Y ahora, hágame vd. un favor; ya ve vd. mi mal genio implorando favores, no vuelva vd. nunca, que Isabel no lo vea más para que se cure de vd.; el tiempo lo cura todo. Yo le diré.....le diré cualquier cosa explicándole esto..... y vd. no vuelva nunca.... por favor.... nunca, nunca.....

(En todo este último diálogo, Isabel demostrará su espanto; y Don Antonio irá empujando á Carlos, ambos muy conmovidos. Al oírse el último "nunca" Carlos habrá salido; é Isabel retirándose de la puerta, lanzara un grito y se oira un golpe como si cayera desmayada.)

ESCENA SEPTIMA.

D. ANTONIO, volviendo de la puerta del fondo y apresurado al oír el grito; luego, DOÑA GERTRUDIS.

D. Ant.—¿Qué ha sucedido? ¿Quién grita?

Doña Ger.—(des, avorida) Antonio, Antonio, Isabel se muere....

D. Ant.—(ermo loco) ¿Que mi hija se muere?.....

Doña Ger.—Sí, sí, pronto.....ha caído.... no se mueve... apenas respira..... Y tú, tú la matas con tus ideas...

D. Ant.—Cállate, mujer, cállate.....A ver (gritando) Pe-

tra, un médico, volando.....y tú....vete con ella, anda, no te le separes..... (alzando los brazos al cielo cae luego junto á la mesa mesándose el cabello con las manos) Dios mío, Dios mío, salva á mi hija!!..... (esconde la cabeza entre los brazos, sollozando. Doña Gertrudis cruza la escena como si rezara y el telón cae muy lentamente.)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

## ACTO TERCERO.

La misma decoración del acto anterior.

## ESCENA PRIMERA.

*Petra sale por la puerta del fondo, llega á la del dormitorio de Isabel y habla con doña Gertrudis sin entrar.*

LUEGO, DOÑA GERTRUDIS: LUEGO, CARLOS.

Petra.—Niña, ahí está el señor don Carlos, que quiere hablar con vd.

Doña Ger.—(Saliendo.) ¿Carlos me busca? dile que pase.  
[Vase Petra].

Carlos.—(Entrando.) Señora perdonéme vd. si vuelvo, pero no me acostumbro, no puedo acostumbrarme á prescindir de Isabel. Si vdes. supieran la noche que he pasado!.....

Doña Ger.—(Sollozando.) Y si vd. supiera la que hemos pasado nosotros..... las que seguiremos pasando....

Carlos.—(Inquieto.) Pues, ¿qué sucede, doña Gertrudis, por Dios; por qué llora vd.? ¿Está enfermo alguno?

Doña Ger.—Sí, Isabel se enfermó, se nos ha puesto algo malo....

Carlos.—(Ansioso.) Isabel?... Isabel se ha enfermado.... de qué?... dígame vd. de qué, doña Gertrudis....

Doña Ger.—(Queriendo aparecer tranquila.) Siéntese vd. un momento, se lo contaré en dos palabras, pues te-

mo que Antonio vuelva y lo vea á vd. aquí. [Se sientan]  
Carlos.—No, si no me importa que me sorprenda. Yo le rogaré, me hincaré si es preciso, y ya verá vd. como me permite el que me informe, así, de lejos; sin verla yo, sin que me vea ella... pero, hable vd. doña Gertrudis, cuéntemelo todo....

Doña Ger.—Pues, verá Ud. La pobrecita, alarmada por lo que tardaban Udes. en su conferencia, se puso á espiarlos, desde la puerta; yo, andaba por la cocina, no pude evitarlo.....

Carlos.—Y oyó la negativa?.....

Doña Ger.—Parece que sí, que los sorprendió en el mismo instante en que Antonio le suplicaba á Ud. que no volviera nunca.....

Carlos.—Y ¿entonces?.....

Doña Ger.—Yo oí un grito, conocí su voz, y en el acto, corriendo, me fui á su cuarto y la ví en el suelo, desmayada, respirando apenas..... salgo aquí, porque algo me sospeché de lo ocurrida, y Ud. no estaba ya, iría por el patio.....

Carlos.—¿Y D. Antonio?..... ¿Por qué no me llamaron, Doña Gertrudis?.....

Doña Ger.—Sí, como para llamarlo á vd. tenía yo la cabeza! Antonio se puso hecho un loco; Petra se fué á traer un médico, y yo con Isabel á acostarla, á hacerla volver en sí.....

Carlos.—Ay, Doña Gertrudis, permítame ud. que le bese la mano (*se la besa*) ¡que le haga yo muchos cariños, pero muchos (*se los hace*); como se los haría á mi madre, como si vd. lo fuera, que ya lo es... Y dígame vd. no es nada de cuidado ¿verdad? ¿el médico dijo que no era de cuidado?...

Doña Ger.—Es decir, dijo que por el momento el peligro había pasado, pero que puede volver; que no estaba seguro de si había sido solo un ataque nervioso ó si su corazon andaría mal.....

Carlos.—Pero qué ¿nada recetó? ¿no le hizo ningún reconocimiento? ¿Es médico conocido? ¿No sería un charlatan, un charlatan?.....

Doña Ger.—Es un doctor López, el primero que encontraron, y si la reconoció, esta mañana, en su segunda visita. Anoche recomendó un calmante, mucho reposo; y hoy ha recetado más en forma, una porción de cosas que el mismo Antonio ha ido á traer.....

Carlos.—Doña Gertrudis, por lo que vd. quiera más, déjeme vd. volver, volver muchas veces, á informarme con la criada si quiera; y rueguele vd. á don Antonio; ablándole vd., que se olvide de la nacionalidad de mi padre y piense sólo en la salud de su hija; le ha de importar más, estoy seguro, y si ud. se empeña, también lo estoy de que pasará por todo ¿quiera vd?.....

Doña Ger.—Si dependiera de mí! Si Antonio no tuviera en la cabeza tantas ideas raras, porque las tiene en la cabeza nada más, créamelo ud., en el corazón sólo tiene oro, oro puro.....

Carlos.—Pues por eso, insista vd., pero insista vd. mucho, y yo, por si él se ablanda y vd. me necesita pronto, me pasaré el día en esta calle, en algún zaguan..... No voy á trabajar, porque no podría hacerlo, porque mi cabeza y mi alma y mis cinco sentidos se me quedan aquí.....

Doña Ger.—(Se levanta sonriendo tristemente). Pobre Carlos! Yo me encargo de guardárselos, y ahora váyase ud. y salga con cuidado; que Antonio no vaya á encontrarlo.....

Carlos.—Oh, lo haré con tanto cuidado, que ni los vecinos más curiosos han de enterarse de que he venido.

Doña Ger.—(Dándole la mano) Pídale ud., á Dios Carlos, que alivie á nuestra enfermista.....

Carlos.—Y ud., señora, pídale á Dios por mí también.... lo necesito. (Vase Carlos)

#### ESCENA SEGUNDA

DOÑA GERTRUDIS se sentará á hacer labor y, á poco, se oirá la voz de ISABEL. Luego D. ANTONIO cargado de drogas.

Isabel.—(Desde dentro) Mañana.....

Doña Ger.—(dejando la labor.) Voy, voy.....¿qué quieres? (Entra.)

D. Ant.—(Hosco, agrio el gesto, deja las drogas sobre la mesa y va de puntillas á asomarse á la puerta de Isabel.) P.t.....Gertrudis.....

Doña Ger.—(Saliendo.) Trajiste todo?.....

D. Ant.—Sí.....unas cucharadas y unas píldoras, qué se yo.....Ahí están, sobre la mesa.....(finge indiferencia.) Y esa criatura, cómo sigue?.....

Doña Ger.—(Severa.) Ella dice que mejor; pero yo no veo la mejoría, en cuanto se cree sola no cesa de llorar.

D. Ant.—¿Volverá el médico? ...

Doña Ger.—(Cosiendo.) Ya lo creo que volverá, no faltaba más.....

D. Ant.—(Se pasea nervioso.) Y qué te ha dicho?.....

Doña Ger.—¿Quién?....

D. Ant.—Cómo ¿quién? Pues ella, Isabel, ¿qué te ha dicho de mí?....

Doña Ger.—De ti?..... pobrecita!..... que por qué no habías entrado á verla?..... que si no habías dormido anoche?....

D. Ant.—(Con júbilo que reprime.) ¿De veras..... ¿te ha dicho eso?..... Vaya, me alegro de que se acuerde de mí, que soy su padre.....

D. Ger.—(Conciliadora.) También me ha preguntado por... Carlos.....

D. Ant.—(Furioso.) Gertrudis! ya sabes que de ese individuo no quiero oír ni el nombre, nó, ni el nombre: Ya que se ha marchado, déjalo; que se borre su recuerdo, por algo hemos de empezar; y si queremos borrarlo del corazón de Isabel, tenemos que empezar por borrarlo de nuestros labios, de nuestros muebles, de nuestra casa, y los labios, los cerraremos, y sacudiremos los muebles y ventilaremos la casa, hasta que nada quede, ni en rincones, ni en ninguna otra parte.....

Doña Ger.—Y quién ha de ayudarte á ese aseo general?...

D. Ant.—Tú y nadie más que tú; porque sin ti no puedo

nada, porque te necesito después para ir á limpiar el corazón de Isabel, á sacudirlo y ventilarlo, pero todo enterito, sin que nos quede por escudriñar ni su más virginal repliegue; hasta que arrojemos al intruso con nuestras súplicas de padres y nuestro llanto de viejos.....

Doña Ger.—Pero es posible Antonio, que queriéndola como la quieres, la sacrifiques sin remordimiento?..... Y luego ¿por qué? vamos á ver ¿por qué?.....

D. Ant.—¿Principiamos de nuevo?.....

Doña Ger.—Y principiaremos siempre.....(decidida) rechazaste la fortuna y yo nada te dije; repeté tu determinación porque estoy acostumbrada á ello, porque nunca te he contrariado; pero que apruebe yo el que sacrifique á tu hija, á nuestra hija, eso ni te lo figuras, protestaré y me opondré con todas mis fuerzas. Busca quien te ayude en la limpieza esa que querías hacer.....

D. Ant.—Gertrudis!!.....

Doña Ger.—Ya te lo digo, lo que es en mí ni pienses...

D. Ant.—Gertrudis, no me pongas en un disparadero, ya me conoces.....

Doña Ger.—¿Conocerte yo? Mentira..... si te me han cambiado!..... si tú no eras así!..... eres otro, otro que no conozco, que no deseo conocer.....

D. Ant.—Pero te propones acaso que Cristo cargue con todo?.....

Doña Ger.—Nó, lo que me propongo es que me devuelvas á mi marido, aquel que me ha acompañado treinta años; al que de novio me juró que yo sería su tesoro; al que de esposo me ha llamado su santa, al padre de mi hija, no á este patriota que me la asesina sin que la patria esté en peligro.....

D. Ant.—¿Conque ha cambiado? ¿conque porque no permitio que en la sangre de mi hija se inculcaba sangre enemiga, sí, como lo oyes, sangre enemiga, sangre que nos odiaba, que venia á destruirnos, á derramar la nuestra, la mia propia, por eso, no soy el mismo?...

Doña Ger.—¿Carlos odiarnos!..... Carlos nuestro enemi-

gol....Nó, si ni tú lo crees...si sería locura que lo creyeras... lo ves, lo ves cómo estás cambiado?...

D. Ant.—Y dale con el cambio! Mira, tan soy el mismo, que ahora, cuando he corrido el riesgo de que me la arrebatan, creo que la quiero más, mucho más que antes.....

Doña Ger.—Pues no te lo creo, nó, aunque te enfades; si más la quisieras, la compadecerías, se la darías á Carlos que es su ventura, ó por lo menos lo que ella cree su ventura, y al primero que viniera á reprochartelo, lo confundirías preguntándole: "¿Dígame v.l., caballero, vd. tiene hijos?"

D. Ant.—Pero ¿no ves que primero fui hijo de mi patria no padre de mi hija? ¿no sabes que sin la patria no existiría la familia?.....

Doña Ger.—No lo sé, y le doy gracias á Dios por mi ignorancia, una ignorancia que me permite adorar á mi hija sobre todas las cosas.....

D. Ant.—Gertrudis, no digas eso, no blasfemes.

Doña Ger.—Blasfemar; anda, pregunta á cuantas madres conozcas y verás cómo te responden lo que te respondo yo; díles que elijan, pongas en mi caso y que me condenen.....

D. Ant.—Y á mí ¿qué me importa lo que opinen los demás si mi conciencia me aprueba á gritos lo que he hecho?

Doña Ger.—En tal caso, ponla en cura, tienes una conciencia demasiado enferma.....

D. Ant.—Gertrudis, tén la lengua; no me sulfures, porque no respondo de mí.....

Doña Ger.—(con dulzura.) Pero yo sí, yo sí respondo de tí.....Mira, siéntate aquí, á mi lado, y hablemos en calma, como hemos hablado siempre de las cosas graves; y ésta lo es, vaya si lo es, lo reconoces tú más que yo... (se sientan juntos.)

D. Ant.—Grave? nó... por el momento, si acaso: Isabel es muchacha, está sana, ya verás cómo se alivia, y pronto, si nosotros nos empeñamos.....¿no vemos todos los días á muchachas que rompen con el novio

y que á poco ni lo recuerdan; que se casan con otro ó no se casan, pero que sin embargo se la pasan tan felices?.....

Doña Ger.—¿Y sabes tú cuántos de esos corazones se quedan desgarrados?..... ¿cuántas de esas muchachas lloran por dentro, sin consuelo y sin esperanza?.... Además ¿quién te asegura que Isabel esté sana? ¿el médico no nos dijo que podía tener algo serio?.....

D. Ant.—Esa es otra cosa, enteramente distinta, una invención del mediquillo éste para sacarnos dinero... pero ¿á que no se atreve á sostenerme que á mi hija puede matarla mal de amores?.....

Doña Ger.—Ignoro si el médico te lo sostendrá ó nó, la que es yo, yo que soy su madre y que la conozco mas que todos los médicos del mundo, no sólo te lo sostengo, sino que te lo aseguro.....

D. Ant.—Bah tú qué sabes?... (*levantándose*) Y sobre todo, estoy decidido, entre mi hija y la patria, á la que creería ofender cediendo, elijo la patria.....

Doña Ger.—Antonio, por Dios, ¿de cuando acá eliges esa patria que nadie te ofende, si siempre has preferido á tu hija?.....

D. Ant.—Yo?.....

Doña Ger.—Tú, tú; ¿no te acuerdas?..... Pues acuérdate, vuelve la cara atrás, cuando por verla nacer te quedaste en México con licencia y no pudiste estar en no sé cuál acción.....

D. Ant.—Bien, pero eso fué.....

Doña Ger.—Fué, porque ya la amabas; porque saberte padre te satisfacía más que saberte valiente; porque preferiste recoger la primera sonrisa de tu ángel á cosechar un girón de gloria envuelto en una bala.....

D. Ant.—Nó, no fué eso.....

Doña Ger.—¿Y después?..... cuando prescindías de amigos y de paseos y de cuanto hay, por velarle su sueño junto á la cuna?.... y cuando dejabas que ella, una chiquilla, te sacara las charreteras y te arrebatara tus cruces y montara á caballo en tu espada....

Sobre tus cruces se leían muchas cosas: "al patriotismo" "al valor," toda una leyenda de dignidad, de bravura, y acuérdate, acuérdate cómo tu patriotismo y tu valor y tú mismo, rodaban por la alfombra, yendo á parar debajo de los muebles; cómo eran pisoteados por sus piecitos desnudos, que tú preferías, que te comías á besos, mientras yo iba recogiendo los besos que entre los dos se desperdiciaban, las cruces y las armas, tus glorias y tu espada.....

D. Ant.—Hacía yo mal, muy mal, pero era mi primer hijo.....

Doña Ger.—Y cuando el señor liberal le llevó una cruccita de oro y él mismo se la puso en el cuello?....

D. Ant.—Debilidades de marido, por no lastimar tus creencias.....

Doña Ger.—Y cuando la muerte se acercó á su cuna y nos la quiso llevar ¿por qué invocabas á Dios, por qué renegabas de tu carrera que te obligaba á dejarla, por qué preferiste que te arrestaran toda una semana á separarte de ella ni un instante en aquella tarde en que casi agonizó en tus brazos?..... Sin embargo, pareceme recordar que la patria entonces no andaba muy segura, y ¿qué te importó? en tu memoria y ante tu vista sólo existía tu hija agonizante, tu hija que pudo más, que te hacía llorar con sus rizos húmedos y su carita triste.....

D. Ant.—(*emocionado*) Era yo muy muchacho..... ya la adoraba..... el dolor me enloqueció.....

Doña Ger.—[*muy animada*] Eso, eso era; que la adorabas como la has adorado siempre; como la has adorado después, cuando ella joven y con derecho á gozar no hemos podido darle sino amarguras y penas...

D. Ant.—Ah!... (*se lleva el pañuelo á los ojos y con la otra mano implora silencio.*)

Doña Ger.—(*consolándolo*) ¿No le juraste siempre que la harías feliz? Pues, cúmplevelo, anda ¿qué te cuesta?....

D. Ant.—Lo que me cuesta?..... Romper un culto..... violar un juramento.... Mira, en este instante lu-

chan mi corazón y mi cabeza..... En mi cabeza veo la patria... un ideal sagrado..... algo grande que no me explico, que me deslumbra, que venero... con una pureza tal, que se me figura que se la ofende con cualquier pequeñez, aunque sea involuntaria... Y en el corazón, siento á mi hija, sus lágrimas me lo despedazan, y él protesta, me toca en el pecho como si tuviera ansia infinita de que le dé yo gusto..... Y no sé qué hacer, no lo sé, te juro que estoy enfermo....

Isabel.—(desde dentro.) Mamá!.....(D. Ant. se estremece al oírla y Doña Gertrudis como si implorara ayuda del cielo, se inclina después sobre su marido, más suplicante aún.)

Doña Ger.—¿La oyes?..... Es tu hija que llama..... hazla dichosa.....

D. Ant.—(desesperado.) Pero si no puede ser....

Isabel.—(desde dentro) Mamá ¿puedo salir?....

Doña Ger.—Vamo, mirala siquiera ¿le digo que venga?...

D. Ant.—Sí, sí, déjala..... (enjugándose apresuradamente.)

Doña Ger.—Espera, espera; que voy por tí. ....

### ESCENA TERCERA.

DICHOS, ISABEL APOYADA EN EL BRAZO DE DOÑA GERTRUDIS Y BASTANTE PÁLIDA.

Isabel.—(que sorprende el movimiento de D. Ant.) ¿Estás llorando?.....

D. Ant.—(turbado) Nó, llorar nó.... sino que no me siento muy bien..... Y tú, mi hijita, mejor ¿verdad?..... vaya, siéntese vd. aquí, eso es, (la acomoda amorosamente) y ahora..... cuéntame..... ¿qué tal? ¿te pasó el susto.....

Isabel.—Si vieras, no me siento tan mal..... algo débil.

Doña Ger.—Conque á platicar..... me gusta dejarlos así.

Isabel.—Qué ¿te vas?.....

Doña Ger.—Vuelvo ahora mismo... (con intención) tengo que ir á prepararte una medicina.....

(Vase Doña Gertrudis.)

### ESCENA CUARTA.

DICHOS, MENOS DOÑA GERTRUDIS.

D. Ant.—(se pasea nervioso y de pronto interroga á Isabel)

Dime ¿lo quieres mucho?..... la verdad.....

Isabel.—[con tristeza] Pero tanto, tanto, que ya ves lo que he sufrido..... y lo que sufro.....

D. Ant.—¿Sufres mucho?.....

Isabel.—(llora) Mucho, muchísimo....

D. Ant.—¿No puedes prescindir de él?.....

Isabel.—Sí, puesto que tú lo ordenas.....

D. Ant.—Pero..... ¿por tu gusto?.....

Isabel.—Por mi gusto, jamás!!.....

D. Ant.—(frunciendo el ceño y en voz casi baja) ¿Lo quieres más que á mí?.....

Isabel.—(se levanta y lo abraza) ¿Más que á tí.....? Eso nunca, nó, nunca..... Es un amor tan distinto y estos dos amores se hermanan tan bien..... Pero ¿quererle más que á tí! ¡celoso! ¿cómo te figuras que pueda yo querer á nadie más que á tí?....

D. Ant.—[bebiéndose las lágrimas] De modo que para tí yo sigo siendo el mismo, tu padre, tu viejo padre que te idolatra?.....

Isabel.—Pues ya lo creo.....

D. Ant.—¿Qué no me guardas rencor por lo de anoche, que me quieres como antes, que todavía te interesó?.....

Isabel.—(besándolo varias veces) Toma, toma, toma mi respuesta..... ¿quieres más?..... No te guardo rencor, se lo guardo á mi suerte..... Lo de anoche es una desgracia..... sólo á mí me suceden estas cosas..... y si no supiera una que ha de morirse.....

D. Ant.—(le tapa la boca) ¿Qué estás hablando, criatura? Morirte! morirte tú que comienzas á vivir? morirte tú cuando sabe Dios qué felicidades te esperan?.....

Isabel.—[sonríe tristemente] Ojalá..... pero si la que te

nia tan cerca se me ha evaporado..... figúrate las porvenir..... (*vuelve á llorar*)

D. Ant.—Ah ¿lloras otra vez?.....

Isabel.—(*sin poder reprimirse*) Si es que el llanto se me viene á los ojos y á la garganta, me ahoga si no sale.....

D. Ant.—Y si yo te ruego que no llores, que no me atormentes, podrás hacerlo?....

Isabel.—(*se enjuga*) Si, mira..... ya no hay nada....

D. Ant.—Y si también te ruego que te alivies, es decir, que pongas para lograrlo cuanto esté de tu parte ¿lo harás?....

Isabel.—¿Qué ha de hacer?....

D. Ant.—Ante todo olvidarte de.....

Isabel.—No, eso nó; por Dios no me pidas eso, porque mentiría si dijera que puedo. Ya que me lo quitas á él, déjame su recuerdo..... no temas, no te importunará..... está muy bien guardado..... nadie lo ve.....

D. Ant.—¿Crees que no lo veo yo; que puedes engañarme?.....

Isabel.—Si no te engaño, ya ves que te lo confieso, que te lo anuncio.....

D. Ant.—Pero ¿qué diablos ha podido hacer ese hombre, para que lo quieras así?.... (*exaltado*)

Isabel.—(*con entereza*) Ni yo misma podría decírtelo porque no lo sé; porque no sé cuándo se adueñó de mí... debe haber sido de repente..... sin que yo me diera cuenta.... como se cae uno en la calle, por una piedrecita en la que no se repara y que sin embargo, te derriba....

D. Ant.—Pero, en fin, ¿cuándo te habló; cuándo comenzaste á quererlo?.....

Isabel.—Si no me habló ¿noves que yo lo quería sin que él me hablara? ¿no ves que cuando me pidió mi cariño yo no lo tenía ya porque desde antes se lo había dado todo?..... ¿no ves [*abrazándolo llorosa*] que ahora, al separarme de él, me has dejado muerto el corazón?....

D. Ant.—(*la acaricia*) No me llores, por tu madre que no me llores, porque triunfas y no es posible que triunfes..... Mira, juzga por tí misma ¿no sabes que los juramentos son sagrados?.....

Isabel.—(*con júbilo*) ¿Si?..... Pues yo tengo hecho uno, y solemne, no me obligues á quebrantarlo, á ser perjura.....

D. Ant.—¿Que tú has jurado?..... (*sonriente*) y ¿qué juraste? vamos á ver.....

Isabel.—Pues le juré á Carlos no ser de nadie sino de él, le juré quererlo como lo quiero, con toda mi alma; y se lo juré por la vida de vds., de vds. que son lo que más venero.....

D. Ant.—Tú eres una chiquilla que no sabes lo que haces, tu juramento puede dispensarlo cualquier confesor con dos ó tres latinajos; mientras yo, juré al caer herido cierta vez que, si vivía, tú, mi hija, la carne de mi carne, no sería nunca ¿lo oyes? no sería nunca de un extranjero.....

Isabel.—¿Carlos extranjero?.....

D. Ant.—Y mucho que sí; la mitad de su sangre y su apellido entero y hasta su aspecto lo son.....

Isabel.—¿Extranjero, cuando vive dentro del alma de tu hija? ...

D. Ant.—(*exasperado*) ¿Luego tú querías que yo cediera, que te entregara á él, al enemigo?.....

Isabel.—(*llora*) Te lo pediría de rodillas, con más fervor que si rezara.....

D. Ant.—Y si me niego?.....

Isabel.—No sé..... quizá me muera.....

D. Ant.—Tú? ¿morirte tú? pero, ignoras que tu vida es la mía? ¿que por salvártela daría yo?.....

## ESCENA QUINTA.

DICHOS, Doña Gertrudis.

Doña Ger.—Antonio, Carlos desea hablarte.....

D. Ant.—¿Carlos? ¿Carlos en mi casa otra vez? (*frenético*) Pero se ha creído ese muñeco que conmigo se juega? ¿que no pueda todavía arrojarlo de aquí á paños, con mi bastón ó con mis viejos puños? Pues yo se lo recordaré, vaya si se lo recordaré..... (*se dispone á salir, Doña Gertrudis se coloca en la puerta é Isabel se levanta y lo detiene llorando.*)

Isabel.—No papá, no por Dios, me matarías.....

D. Ant.—(*deja caer el bastón y se vuelve espantado*) Yo, matarte yo? (*la toma las manos*) Dios me libre..... Repíteme, pero repíteme claro, que lo comprenda mi cerebro, repíteme que lo adoras, que quieres ser suya, que sin él no vives, y entonces que pase, que te lleve, que te lleve á ese cielo que te tiene prometido y que yo no puedo darte.....

Isabel.—Sí, te lo repito, lo adoro.....

D. Ant.—(*cae junto á la mesa llevándose las manos al corazón y á los ojos. Luego, sin volverse, con voz trisísima se vuelve á su esposa*) Ya lo has oído, dile que entre.....(*Vase Doña Gertrudis.*)(*Isabel se acerca á acariciarlo y él la rechaza dulcemente*)

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, DOÑA GERTRUDIS, CARLOS.

Carlos.—(*Muy emocionado.*) Ah señor coronel, permítame Ud. que le estreche la mano, que lo llame el señor de mi dicha.D. Ant.—(*Muy triste, como quien se resigna, le tiende la mano.*) Ahí la tiene Ud. .... yo en cambio, pudiera llamarlo el autor de mi desgracia.....

Carlos.—D. Antonio, yo le protesto á Ud. que se equivoca.....

D. Ant.—Nada proteste Ud., es más cuerdo..... Quedémonos así, como estamos..... Ud. es victorioso..... yo, de vencido que se entrega....

Carlos.—(*Muy amable.*) De modo que lo he vencido á Ud?.....D. Ant.—Ud? .... no señor, qué disparate; vencióme mi hija porque es natural que venciera; porque mi hija manda aquí (*se toca el corazón*) y mi idea por la patria mandaba aquí (*se toca la cabeza.*) Ya ve Ud. si sería desigual la lucha!.....

Carlos.—Y qué importa si todos seremos felices, si el porvenir es nuestro....

D. Ant.—El porvenir es de Udes., los muchachos; ésta (*por su mujer*) y yo no tenemos sino el pasado..... (*muy conmovido*) tome Ud. á mi hija..... y concluyamos de una vez..... cásense cuanto antes.....Doña Ger.—(*Muy cariñosa se acerca á él y le habla al mismo tiempo que Isabel.*) Ahora si eres mi esposo, ahora si vuelves á ser padre.....Isabel.—(*Besándolo.*) Verdad que me perdonas, que tenía yo razón?.....D. Ant.—(*Separándose de ellas.*) Ah! se me olvidaba algo..... (*vá al escritorio y saca el tubo de los títulos*) Estos títulos (*á Carlos*) tal como Ud. los ve, los recibí de mi padre y así se los entrego á mi hija.... Hasta ayer los creí papel viejo, desde ayer sé que valen veinte mil pesos..... Udes. si quieren, vendánlos; yo no vendo á México.....

Carlos.—No señor, quémelos Ud. si gusta; me basta con mi Isabel..... ¿qué me importa lo demás?..... Tampoco yo vendo á México, coronel; gano una virgen... y la vendo mi alma... pero á ella sola.....

Doña Ger.—(*Se lleva á D. Antonio á un extremo é Isabel y Carlos se quedan en el otro charlando y riendo.*)

tes de gozo). Vaya no insistas ahora; guarda tus papeletes y no les amargues su ventura..... Miralos y goza, señor derrotado.....

D. Ant.—Derrotado sí, pero sabes lo único que me consuela?.....

Doña Ger.—No ¿qué?

D. Ant.—Que por mi edad y por fortuna, no volveré a pelear..... he perdido la última campaña!

TELÓN.

### FÉ DE ERRATAS.

PAGINA.	LINEA.	DICE.	DEBE DECIR.
5	16	quererle	quererte
5	17	muy	una
11	4	como	cómo
11	29	cana	canas
11	34	arrojará	arrojara
21	11	cortez	cortés
21	14	entré	entre
22	24	augmenta repugnancia	augmenta la repugnancia
23	1 <sup>a</sup>	general	general
29	4	le	lo
36	21	mala	mal
38	9	ablándolo	ablándolo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

AVILA, NUEVO LEÓN, MEXICO



UNIVERSIDAD DE COLOMBIA

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ENSEÑANZA  
DE LA UNIVERSIDAD DE COLOMBIA

F  
U  
C  
E  
C